

Diego Moreno, prototipo del marido paciente

José Esteban
Escritor. Editor

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 12, 2008, pp. 69-77]

«España —escribió el descubridor del entremés de Quevedo, *Diego Moreno*, don Eugenio Asensio— no sólo ha dado vida a los vengadores del honor que lavan con sangre las máculas, ciertas o imaginarias, del lecho conyugal, sino que ha creado y aplaudido a Diego Moreno, el marido complaciente»¹.

Diego Moreno pertenece a esa abundante serie de creaciones populares que, según Montoto, poblaron las tierras de ambas Castillas. Nace, al parecer, de una canción callejera que bautizó al «marido manso» como Diego Moreno. Su estribillo; «Dios me lo guarde a mi Diego Moreno / que nunca me dijo malo ni bueno». Su procedencia, ¿de una canción más antigua? ¿De un dicho popular? ¿De un sucedido verdadero? Nunca lo sabremos.

Juan de Timoneda la recoge en *El Truhanesco*, donde se glosa en once estrofas, en las que se glorifica al «callado» esposo, y aparece después corregida en un manuscrito de 1582, conocido como *Obras de diversos*.

No es mi Diego entremetido
ni de mala condición,
sino fuera de razón
y tan negro desabrido
que de puro comedido
habla lo suyo y lo ajeno
que nunca me dijo
malo ni bueno².

Así en Timoneda.

En cambio, en el citado manuscrito de *Obras de diversos*, se mejora:

¹ Asensio, 1971, p. 397.

² Timoneda, *El truhanesco*, pp. 8-9.

No es de mala condición
 mi Diego, ni entremetido,
 sino llegado a razón,
 bien criado y comedido,
 que, de puro bien sufrido,
 calla lo suyo y lo ajeno
 y nunca me dice
 malo ni bueno.

Un Diego Moreno, o ser un Diego Moreno, personifica desde entonces al marido consentido o cornudo, y siguiendo la terminología establecida por Salas Barbadillo, al marido «cartujo».

Apellido y nombre responden a usos tradicionales. Diego designa a seres ridículos, como don Diego de Noche (dice Eugenio Asensio) y Moreno fue apellido frecuente en los que procedían de moros y negros.

Más adelante, el nombre solo, Diego, sin apellido alguno clarificador, llegó, por reducción, a ser sinónimo de cornudo. Al menos en nuestro Quevedo:

Si hiciérades oración
 por un marido del Soto,
 no os lo depare el Rastro
 más Diego ni menos tosco³.

La vida literaria de Diego Moreno es larga.

En *El sagaz Estacio* leemos: «Busco yo un maridito, un paquete destos de “para aquí”, “escóndete acullá”, un hombre hecho de pies a cabeza en el molde de Diego Moreno»⁴.

También el encomio irónico de los cuernos aparece en Gutiérrez de Cetina, en su *Paradoja. Trata que no solamente no es cosa mala, dañosa ni vergonzosa ser un hombre cornudo más que los cuernos son buenos y provechosos*, y en un poema jocoso de don Diego Hurtado de Mendoza, *Elogio de los cuernos*.

Su presencia, la del cornudo, puede rastrearse en las canciones de la malmaridada y en los cuentos y patrañas orales que suelen cuajar en refranes.

Sin embargo, según don Eugenio Asensio, fue el portugués Gil Vicente el que se adelantó a la utilización del marido simple y bonachón, engañado por la eterna Eva. Fue en su *Auto de Inés Pereira*, que escarmentada de un marido decorativo y fiero, toma por sucesor a un inocente campesino, que le permite alternar con sus muchos cortejadores.

Pero la presencia de Diego Moreno es patente en el mismo *Lazarillo*. En el tramo final, cuando se afina en Toledo y casa con la criada del arcipreste, se nos ofrece la primera versión en profundidad del marido que disimula los deslices de su mujer. De esta manera Lázaro de Tormes inaugura, como ciego voluntario, la serie de maridos hipócritas que sos-

³ Ver *PO*, núm. 716, vv. 61-64.

⁴ Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*, p. 78.

tienen contra viento y marea la honorabilidad de sus mujeres y que cierran los ojos para no descubrir la fea verdad y también para no perder su holgada situación.

Este doble juego a que se ve obligado el marido manso y a la vez aprovechado, cautivaría a muchos otros escritores hasta llegar a Quevedo, que lo llevará a las tablas en algunos de sus entremeses y sacará al propio Diego Moreno de su tumba en el *Sueño de la muerte*.

Bien, como decimos, Diego Moreno, el marido consentido, aparece ejerciendo su triste papel en la poesía festiva y satírica, donde se pondrán su simpleza y masedumbre:

¡Dios me lo guarde
a mi Diego Moreno,
que nunca me dijo
malo ni bueno!
Muchos frailes a menudo
me vienen a visitar,
y velos conmigo estar
y no habla más que un mudo;
mil veces a mi cornudo
le hecho en la boca un freno,
«sin que me diga
malo ni bueno».

En las viejas comedias españolas, siguiendo el ejemplo de la comedia del arte italiana, se celebraba el ímpetu sexual de la mujer coronando al viejo y rústico marido. Porque es lo cierto que el engaño conyugal era de gran aceptación entre los asistentes a estas primeras representaciones teatrales. Y todo esto venía de antiguo. Era costumbre medieval que con puyas y canciones penalizaba al cónyuge complaciente.

Pero nadie acertó a definir su personalidad como don Francisco de Quevedo. En el *Sueño de la muerte*, nuestro Diego Moreno cierra la procesión de tipos inmortalizados en proverbios y canciones. El muerto increpa y quiere golpear a nuestro autor:

Enojéme más y alcé la voz diciendo:

— Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices a los otros deshonrabuenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que éste ande aquí. ¿Qué le he hecho yo?

— Entremés —dijo tan presto Diego Moreno—. ¿Yo soy cabrón y otras bellaquerías que compusiste a él semejantes? ¿No hay otros Morenos de quien echar mano? [...] ¿Qué he hecho yo que no hayan hecho otros muchos más? ¿Acabóse en mí el cuerno? [...] ¿Pues qué los ha movido a traerme por los tablados? Yo fui marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba; siete durmientes era con los ricos y grulla con los pobres; poco malicioso, lo que podía echar a la bolsa, no lo echaba a mala parte. Mi mujer era una picarona y ella me difamaba, porque dio en decir: «Dios me lo guarde a mi Diego Moreno que nunca me dijo malo ni bueno». Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno ducientas veces [...] viendo entrar en mi casa poetas, decía «¡malo!», y en viendo salir ginoveses, decía «¡bueno!»⁵.

La realidad es que Diego Moreno se quejaba con razón, porque Quevedo le había dedicado todo un entremés, en dos partes, que, perdido, encontró en Lisboa don Eugenio Asensio.

Pero nos quedaríamos cortos si no dijéramos que Quevedo sintió verdadera obsesión por los cuernos, como por tantas tradiciones y personajes populares.

Ya en *Romance de la vida poltrona*, anuncia una nueva edad, la del cuerno:

Pasó la de plata,
pasó la del hierro,
y para nosotros
vino la del cuerno,
rica de ganados
y Diegos Morenos⁶.

En las *Capitulaciones de la vida en al corte*, Quevedo nos da una original clasificación de los maridos pacientes.

En primer lugar quiero poner a los sufridos, gente de gran prudencia y sagacidad y que con más comodidad y estimación pasan la vida. Estos particularmente son haraganes y enemigos del trabajo. Cásanse con mujeres traídas de señores y gente poderosa; danles en dote alguna ocupación de ausencia para que se entretengan algunos meses fuera de la Corte. Cuando están en ella tratan de irse a casa de juego, comedia o Prado, para dar lugar al despacho. Si tienen mujer hermosa son conocidísimos; no hay persona de cuenta que no se les quite el sombrero y agasaje y ofrezca su favor y amparo. Duermen, a fuer de príncipes, en cama aparte (y esto les trae cuenta); comen regaladamente, tienen honrados dispenseros; y en casa usan de gran silencio por no interrumpir el huésped y espantar la caza⁷.

Es también el creador del verbo «cornudar» (*El siglo del cuerno*) y escribió que el mejor oficio que hay en la república es el de casado, si va acompañado con el ser cornudo, es decir si el casado se convierte en Diego Moreno.

Con estos y muchos otros versos satíricos, y sobre todo con su entremés, Quevedo eleva a Diego Moreno a tan alta categoría literaria como el Escarramán cervantino y le coloca en uno de los primeros puestos entre los títeres más vivos del amplio retablo picaresco español.

El *Entremés de Diego Moreno*, nos cuenta Eugenio Asensio, su afortunado descubridor, ocupa 72 páginas, con grandes defectos y errores, pero también con todas las características del impar ingenio quevedesco.

La primera parte nos presenta a Diego Moreno vivo y coleando.

Dialogan, para introducirnos en la acción, un capitán venido de Flandes y don Beltrán, que le pinta la desenfadada vida de la corte. «Cada una [mujer] tiene un discreto, un valiente a quien teme, un poderoso a

⁵ Ver Quevedo, *Sueño de la muerte*, pp. 401-403.

⁶ Ver Quevedo, *Obras*, ed. Astrana, vol. 2, p. 348.

⁷ Ver Quevedo, *Capitulaciones*, en *Obras satíricas y festivas*, p. 107.

quien respeta, un pícaro a quien manda, un avariento a quien quita, un genovés a quien pide, un necio a quien engaña, un bellaco a quien entretiene; un querido a quien sustenta de lo que pela a todos»⁸.

Una de estas desenfadadas mujeres a las que se refiere don Beltrán, es Justa y a su casa se dirigen ambos. No hay qué decir que Justa es la mujer de Diego Moreno.

DON BELTRÁN: Casada es, y así fuera yo cual su marido [...] Diego Moreno, qu'es su marido, el hombre más cabal [...] Que ni entra, ni ve. Bonito es el otro para pensar mal de nadie. Fuera de que siempre que entra en casa es como el rayo con el trueno, haciendo ruido primero desde una legua⁹.

Los dos hombres se encuentran con Justa y la dueña Gutiérrez, levemente apuradas porque Diego ha topado en la cabecera de la cama con el broquel y la espada del licenciado Ortega, eclesiástico, que galantea a la bella. Las mujeres inventan, entonces, una ingeniosa treta para salvar la situación.

Así, cuando Diego intenta pedir explicaciones, las dos mujeres hacen aspavientos como si pensasen que ha tomado las armas para reñir con alguien. El hallazgo de la espada —«inconveniente a la honra de los Morenos», según Diego— provoca una escaramuza verbal en la que el marido lleva la peor parte. Por fin, la dueña jura y perjura que las armas pertenecen a Diego, hasta que éste se calma, se deja acariciar por su mujer y se va a la calle, anunciando que volverá tarde.

Solas las dos mujeres, la dueña da a Justa una soberbia lección acerca del arte de desplumar a los hombres. La lección es inmediatamente aplicada, pues Justa, la mujer de Diego, ayudada por la dueña, capta regalos: al licenciado, un estuche; al médico, unos guantes; al capitán de Flandes primero la banda y por fin la sortija. Justa hace melindres, fingiendo que por temor al marido no puede tomarla. Éste, Diego Moreno, llega de la calle precedido del cortejo usual de ruidos y demoras, tos, gargajeos, pasos de caballo frisón, tanteo de la llave en la cerradura, etc., cautelas con las que evita el sorprender a su mujer con sus galanes. Justa simula asustarse: «Me matará si me ve con tanta gente». Pero la taimada Gutiérrez lo remedia:

Fíngete mortecina y con mal de corazón, da voces y saltos. El doctor te tomará el pulso, el capitán te apretará la sortija con el dedo del corazón, el licenciado te dirá evangelios y don Beltrán te tendrá la cabeza; y déjame a mí dar voces¹⁰.

Dicho y hecho. Diego encuentra a Justa oportunamente desmayada, cercada de los tres galanes que, en una especie de charla simbólica, la tienen asida sin que el marido halle por donde cogerla. La dueña acoge a Diego Moreno con gritos, culpándole del desmayo de Justa, y mientras

⁸ Quevedo, *Entremés de Diego Moreno*, ed. Asensio, p. 260.

⁹ Quevedo, *Entremés de Diego Moreno*, ed. Asensio, p. 261.

¹⁰ Quevedo, *Entremés de Diego Moreno*, ed. Asensio, p. 269.

el marido pregunta: «¿Qué es esto, que no hallo por donde asir a mi mujer?», la enferma va volviendo en sí, gracias a la milagrosa «sortija de uña» que ya no quiere soltar y acaba la pieza. Hasta aquí la primera parte del entremés.

La segunda parte tiene dos episodios: la comida de la viuda y la boda. Diego Moreno ha muerto la víspera, y Justa evoca con nostalgia a su marido, lo que aprovecha Quevedo para revelarnos nuevos datos acerca de los maridos pacientes:

Quando me pongo a considerar aquella bondad de mi marido, aquel echallo todo a buen fin, sin que hubiese rastro de malicia en él, iy no puedo consolarme! ¡Luego me hablara él una mala palabra desabrida aunque faltase el día y la noche de casa! Que como él hallase puesta la mesa a sus horas con buen mantenimiento, no decía «esta boca es mía». Cuando me acuerdo de aquella consideración y cordura que tenía mi marido en todas las cosas pierdo el juicio. ¡Y luego él entra en casa como otros a la sorda, sin gargarrear o hablar recio primero en el zaguán!... y si acaso hallara alguna visita, con disimulación y la crianza que entraba, era para dar mil gracias a Dios, porque él era la honra del mundo¹¹.

Tras los encendidos elogios —escribe Eugenio Asensio—, ¿qué tiene de extraño que quiera elegir inmediatamente un sucesor en el tálamo y en los cuernos, tallados por el mismo modelo? Y escoge, contra la opinión de la dueña, a un antiguo enamorado, Diego Verdugo, que atropelladamente casado se muestra autoritario, muy al contrario de lo que fue el tan llorado Diego Moreno.

«Señoras, de aquí adelante escarmienten en mí todas», se queja Justa al final de la obra.

Podemos decir que Quevedo estuvo obsesionado por los cuernos. En el *Sueño del Juicio* llega a aludir a los cuernos que el emperador Augusto le ponía a Mecenas, protector y amigo íntimo de Virgilio.

En su entrevista con el marqués de Villena (*Sueño de la muerte*), éste le dice que según está ahora la vida en España, «los maridos (porque tratamos de honras) considero yo que andarán hechos unos buhoneros de sus mujeres alabando cada uno sus agujas».

Se refiere al refrán, «cada buhonero alaba sus agujas», y alude Quevedo al marido sufrido, a los Diegos Morenos, que hacen negocio de sus mujeres y oficio de su triste situación, como si fueran alcahuetes. Y es figura agradable a Quevedo: los maridos se ponen a cornudos como a sastres o escribientes y terminan como buhoneros de sus mujeres.

En esta curiosa conversación, Quevedo dice que hay maridos «calzadores, que los meten para calzarse a las mujeres sin más descanso y sacarlos fuera a ellos». James O. Crosby explica así estas frases: «Las mujeres los meten a los maridos en casa para calzarse con más descanso (gobernarles más fácilmente), y sacarles fuera (mientras las visitan los galanes). También alude al hecho de que al casarse, la mujer se calza o

¹¹ Quevedo, *Diego Moreno*, ed. Asensio, p. 275.

se viste un marido para luego sacarlo fuera»¹². Además puede hacer alusión a la connotación fuertemente sexual de los verbos meter y calzar.

Para nuestro autor «hay maridos linternas muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, y que vistos de noche y a oscuras parecen estrellas, y llegando cerca son candelillas, cuerno y hierro, rata por cantidad»¹³. Estos maridos son también cornudos y vistos de noche y llegando cerca aluden a sus paseos cuando la mujer está ocupada.

«Otros maridos son jeringas, que apartándose atraen y llegando se apartan»¹⁴. Es decir, maridos que atraen a los galanes y llegando de sus paseos nocturnos los apartan.

A veces Quevedo nos asombra con frases originales y siempre ingeniosas. Así, «tener un marido en ocho cuerpos», o sea tener un marido y siete amantes. O «haberse casado por junto en uno para mil», que parodia la frase «para en uno son los dos» de las bodas católicas y alude al hecho de que al casarse la mujer se liberaba de los límites de la castidad y podía entrar en relaciones sexuales con muchos galanes, con o sin el consentimiento de su marido, que se quedaba cornudo contento, cornudo involuntario o alcahuete de su mujer.

Quevedo encuentra en el infierno casi infinitas clases de cornudos. Así el marido descuidado, «porque por dar gusto a todos vendió el que tenía con su esposa, y tomaba a su mujer en dineros como ración y se iba a sufrir»¹⁵. Aquí descuidado quiere decir cornudo aprovechado, que tomaba en efectivo dineros y regalos y así vendió el gusto que tenía con ella, a cambio de una asignación diaria.

Pero nuestro satírico llegó mucho más allá y nos retrata a *Un casado que se ríe del adúltero que le paga el gozar con susto lo que a él le sobra*.

Dícenme, don Jerónimo, que dices
que me pones los cuernos con Ginesa;
yo digo que me pones casa y mesa,
y en la mesa, capones y perdices.

Yo hallo que me pones los tapices 5
cuando el calor por el octubre cesa;
por tí mi bolsa, no mi testa, pesa,
aunque con molde de oro me la rices.

Este argumento es fuerte y es agudo;
tú imaginas ponerme cuernos; de obra 10
yo, porque lo imaginas, te desnudo.

Más cuerno es el que paga que el que cobra:
Ergo aquel que me paga es el cornudo,
lo que de mi mujer a mí me sobra¹⁶.

Volviendo a Diego Moreno siguió su vida literaria durante tiempo.

¹² Crosby, en «Introducción» a *Sueños y discursos*, p. 353.

¹³ Quevedo, *Sueño de la muerte*, p. 353.

¹⁴ Quevedo, *Sueño de la muerte*, p. 354.

¹⁵ Quevedo, *Sueño de la muerte*, p. 210.

¹⁶ *PO*, núm. 555.

Salas Barbadillo, seguidor de Quevedo, lo lleva a las páginas de *El Sagaz Estacio, marido examinado*, donde explota un filón ya descubierto por nuestro poeta. Encontramos en esta novela dialogada frases muy significativas a nuestro propósito. Una grotesca escena en que Diego Moreno, protopaciente, admite, con ceremonias parodiadas de las órdenes militares, a Estacio en la Orden de la Paciencia. Pregunta Medina: «¿Qué dice vuestra merced de Diego Moreno? ¿Pues ese hombre no fue en tiempo de nuestros abuelos?». Y contesta Estacio: «Este es el nieto del que vuestra merced dice, que heredó el mayorazgo de protopaciente... Diego Moreno, tercero de este nombre, porque en los tiempos venideros no se confundan los coronistas»¹⁷.

Por otra parte rastreamos su presencia en el *Romancero General*:

Nacido le ha un hijo
carillo a Diego Moreno.
Por la villa va mohino
diciendo que su mujer
parió sin comadre ayer
un hijo sietemesino,
retrato de su vecino,
el sacristán Juan Centeno¹⁸.

Es decir, para terminar, que la figura popular de Diego Moreno evoluciona con la literatura y las costumbres, pasando de estúpido e inocente a taimado, discreto y aprovechado.

Mucho más podría decirse de tan singular creación literaria, pero nos limitaremos a contar que, como tantos españoles de su tiempo, Diego Moreno cruza el mar y aparece en las tablas de la ciudad de Méjico, por obra del dramaturgo navarro Fernán González de Eslava, discípulo de don Francisco de Quevedo y Villegas.

En fin, hemos presentado una recreación quevedesca de un personaje popular, que tuvo una vida literaria intensa y atrayente como tantas otras figuras productos de la fresca fantasía del pueblo. Pertenece, pues, por rango y calidad propias, a ese apasionante mundo que nos relató Montoto, de personas, personajes y personillas que recorrieron (y aún recorren) las tierras de las dos Castillas.

BIBLIOGRAFÍA

- Asensio, E., *Itinerario del entremés. Desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavante*, Gredos, Madrid, 1971.
- Asensio, E., «Hallazgo de Diego Moreno, entremés de Quevedo, y vida de un tipo literario», *Hispanic Review*, 27, 1959, pp. 397-412.
- Montoto y Rautenstrauch, L., *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas*, Sevilla, Gironés, 1921-1922.
- Obras de diversos*, Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 3924.
- Quevedo, F. de, *Obras completas*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, 1932.

¹⁷ Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*, p. 238.

¹⁸ Ver *Las fuentes del Romancero general*, fol. 115.

- Quevedo, F. de, *Los sueños*, ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1999.
- Quevedo, F. de, *Obras satíricas y festivas*, ed. J. M. Salaverría, Madrid, Ediciones de Lectura, 1975.
- Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1984.
- Quevedo, F. de, *Sueños y discursos*, ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 2001.
- Rodríguez Moñino, A., ed., *Las fuentes del Romancero General (Madrid, 1600) . I. Flor de varios romances nuevos y canciones recopilados por Pedro Moncayo (Huesca 1589)*, Madrid, Real Academia Española, 1957.
- Timoneda, J. de, *Cancioneros llamados Enredo de amor, Guisadillo de amor y El Truhanesco*, ed. A. Rodríguez Moñino, Valencia, Castalia, 1951.
- Salas Barbadillo, A. J. de, *El sagaz Estacio, marido examinado*, pról. F. A. de Icaza, Madrid, Clásicos Castellanos, 1958.
- Ynduráin, F., «Refranes y frases hechas en la estimativa literaria del siglo XVII», *Archivo de Filología Aragonesa*, 7, 1955, pp. 103-130.

